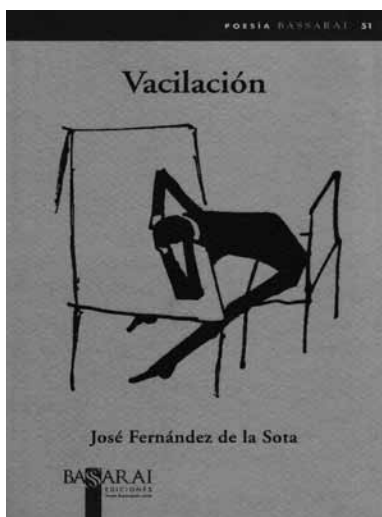


José Fernández de la Sota



José FERNÁNDEZ DE LA SOTA (Bilbao, 1960) ha publicado diez libros de poemas, entre los que destacan *Te tomo la palabra* (1989), *La gracia del enano* (1993), *Todos los santos* (1997), *Material de construcción* (2004), *Aprender a irse* (2007), *Vacilación* (2009) y *Travesía de Bilbao* (2010). Es autor de la biografía *Juan Larrea, versión terrestre* (2009) y de los libros de relatos *Elefantes blancos* (1996) y *Suerte de perro* (2002). Ha recibido los premios de poesía Antonio Machado, Ricardo Molina y Alfons el Magnànim y ha obtenido en dos ocasiones el Premio Euskadi de Literatura. Parte de su obra ha sido traducida al italiano, ruso, portugués y árabe.



Miedo

Aquí estamos y nada. Nuestros cuerpos aquí después de todo. Nuestra carne mortal y rosa, apaleada y negra. Aquí después de nada, ardiendo para nada, por todo, como siempre. Aspirando este aire nuestro puro y venenoso -las Autoridades Sanitarias no advierten que el aire puro mata, también mata. Todo te está matando esta noche de viernes, esta tarde de sábado. Después de todo. Antes de nada. Antes de que se apague el gran teatro, nuestra estrella apagada que da luz, todavía da luz. Brilla sobre las grandes superficies cada tarde de sábado, brilla sobre las calles torturadas por las perforadoras y en la marea oscura de las avenidas, en los transportes públicos y en las salas de espera de los hospitales, en sus horas oscuras y eternas. Brillan nuestras pupilas y nuestros corazones arden y nuestros pechos queman, no paran de doler, de toser, de asustar. Estamos encendidos y por eso brillamos. Es un brillo apagado, no sé cómo decirlo, un resplandor muy tenue. Estamos encendidos sin embargo. Bombillas agotadas. Linternas encendidas. Estrellas apagadas que dan luz, todavía dan luz. Todo se apaga, es cierto, nada dura en la tierra para siempre, por siempre, ni los sustos que acaban en nada, ni los sustos que acaban con todo. Todo es nada. Nuestros cuerpos aquí después de nada. Ardiendo. Tres cuartas partes de agua. Una de miedo. Una parte que vale por todo. Todo lo enciende el miedo. Todo lo apaga el miedo. Todo lo mueve el miedo. Es el culpable de las revoluciones y de las tiranías, de la guerra y la paz. El padre miedo. El miedo del taxista que te lleva y el miedo que tú llevas igual que un golondrino azul celeste bajo el brazo siniestro. El miedo es blanco, dicen que el miedo es blanco. Es amarillo. El miedo es amarillo. Miedo de conducir un Lexus blanco, un Lexus amarillo bajo el cielo violento de Ciudad Juárez, bajo el cielo caliente de Valencia. Miedo a las rosas blancas, miedo a las rosas negras. Las mariposas blancas de alas negras. Miedo en el Carrefour y miedo en Cali y terror en Guantánamo. Miedo a decir verdad. Miedo de muerte. El miedo de los pobres y de los ricos. Y el miedo de Virgilio Piñera en enero de 1968 mientras representaban en La Habana su obra *Dos viejos pánicos*, cuando Fidel le dice que diga lo que tenga que decir: ¿Qué tiene que decir? *Yo quiero decir que tengo mucho miedo. No sé por qué tengo ese miedo, pero eso es todo lo que tengo que decir.* Y lo dice Piñera muerto de miedo. Piñera está temblando, está sudando. Piñera está llorando y su amigo José Lezama Lima, su gordo amigo, tiene fiebre y se encierra en su casa de humo. *Pero el miedo es lo único que nos mantiene vivos* -dice mucho más tarde Reynaldo Arenas, antes de sucumbir al matarratas en su piso de Nueva York en 1990, antes de que anochezca y el miedo deje de brillar. El Sida ciego. El miedo.

El rumor de las horas perdidas. El río que nos lleva.
El gran negocio de los asustadores: vendedores de alarmas,
fabricantes de armas, ministros de Defensa (venga ya, son los mismos),
vendedores de vidas eternas y de revoluciones.
Ahora el miedo es un verso de Alejandra Pizarnik:
*Miedo de no saber nombrar lo que no existe. Pero el miedo
es nuestro. El miedo existe. Es cierto. No lo nombramos,
pero lo tenemos. Tenemos mucho miedo y tenemos más cosas,
por ejemplo hipotecas y caspa, monovolúmenes y videoconsolas.
Por ejemplo nitrógeno, hidrógeno y oxígeno. Ninguno quita el miedo.
Suena un timbre y temblamos. Sopla un viento y volamos.
Cae la noche y morimos otra vez y miramos
en el cajón sin fondo en busca de algo
que nos libre del miedo. Pero el miedo
no es materia ni espíritu. Es un viejo
inquilino invisible. Amigo fiel,
camarada leal,
tatuaje, herida, casa,
última propiedad del hombre,
corazón del mundo.*



Elefantes blancos

José Fernández de la Sota



I + D

Y cómo puede ser que cada día haya sido el peor de nuestra vida. Es lo que se pregunta Carlos Vitale en su *Descortesía del suicida*. Podemos convertirnos en fábricas de malos recuerdos y eso es fatal. Pero para cerrar la fábrica hace falta dinero. Reconvertir la planta en una factoría de felicidad es costoso. Transformar el dolor en placer y alegría no resulta sencillo. Ir de lo químico a lo cómico podría ser la clave de la empresa, su lema, su divisa. Habrá que investigar en la materia. Es un producto extraño la alegría. Hace falta ilusión. Hace falta afición. Hace falta inversión.

No me sigas

Para E.

No me sigas, escucha:
no me escuches. Arranca
las hojas del cuaderno.
Hunde este libro
en el agua. No busques
mi rastro en el papel.

Suelta el lazo. Desata
el nudo que te ahoga. Desanuda
la soga que nos une. Pierde
el hilo. Es sencillo
olvidar, créeme.
No me creas.

No vayas por los barrios que yo piso.
No persigas mis huellas.
Borra la dirección de mi derrota.

No sigas otros pasos
que tus pasos. Escucha:
no me hagas caso. Entiende
lo que yo quiero. Enciende
tu propio incendio.

